

misteriosos y a darnos acceso a un templo de las hadas. No era un sueño: una estrecha rendija penetraba el escarpe, y después de algunos golpes de remo, bogábamos ligeramente, como empujados por el soplo de los Elfos, bajo la bóveda de piedra: detrás de nosotros se cerraba el mundo habitado con sus agitaciones terrestres y la luz del sol, y conducidos en las alas del céfiro, nos deslizábamos sobre las olas azules entre profundidades centellantes, bajo los vapores de mil colores de un artesonado fabuloso. Reflejos plateados, semejantes a los de los rayos fantásticos de la luna, jugueteaban en la penumbra azulada, teñían el cristal de las estalactitas y acariciaban las transparencias del mármol: nos encontrábamos en el amoroso retiro de la ninfa de Capri; pequeñas crestas de plata coronaban las olas ligeras, el agua murmuraba dulcemente; y una frescura deliciosa se extendía por todas partes. Pero la ninfa estaba ausente, por fortuna nuestra; porque ¿cómo habríamos podido soportar las pruebas de Ulises? Así es el mundo: por todo el tiempo que las diosas habitaron aquel asilo, ningún mortal pudo descubrirlas, y cuando los hombres penetraron allí, aquellas habían desaparecido. La luz misteriosa de la gruta es lo único que queda como un encantador reflejo, como un poético recuerdo de las náyades que se mecían dulcemente sobre las olas argentadas.

Aquella hechicera mansion ejercía sobre mi alma un atractivo voluptuoso, y yo envidiaba la suerte de los bateleros que se deslizaban como pescados de plata en el pálido azul. Cada ola parecía iluminada con un brillo fantástico.

Mas el remo ligero nos condujo demasiado pronto a la salida de la gruta: el retiro de la ninfa se desvaneció, quedó roto el hechizo, y la luz del día nos envolvió con su brillo luminoso, como si los esplendores de la tierra quisieran rivalizar con las claridades del mundo fantástico, y las bellezas de la realidad viva con los encantos misteriosos del sueño que había huido. Delirante de entusiasmo, exclamé: «¡Por Cristo, que el sol es hermoso!»

Rada de Nápoles,  
15 de Agosto de 1851.

Puesto que vivimos en el siglo del vapor, preciso será dejarnos arrebatar por el torbellino, como todas las gentes, y confesar, a fuer de honrado alemán, que todo en este mundo tiene su lado bueno, aun los caminos de hierro, ese símbolo materialista de nuestro siglo material. Necesario es marchar adelante y esto nos venia hoy muy bien. Devorábamos el espacio atravesando la hermosa y fértil llanura, cuyo bellissimo verdor contrasta maravillosamente con los puntos mas elevados; pero que vista de cerca y en detalle es bastante monótona y fastidiosa.

Por temor del *mal aire* que en aquella época del año reina en las comarcas bajas, se nos aconsejó dormir durante el camino; y como felizmente no habíamos almorzado, no tuvimos necesidad de luchar con el sueño y llegamos sanos y salvos a Caserta, donde se halla el palacio mas grande de las Dos Sicilias.

Nada tiene de notable en el exterior: la calzada está abandonada, y tiene mas bien aspecto de cuartel que de palacio: el conjunto parece como si estuviese destruido. Quizá tenia yo demasiado presente en la memoria mi hermoso castillo de Schoenbrunn, con el cual han querido comparar a Caserta, aun dándole la ventaja a este último: no importa, Schoenbrunn siempre es Schoenbrunn.

Mas al entrar en el vestibulo de Caserta el efecto es grandioso. Cuando se ven los cuatro patios inmensos y sus pórticos gigantescos elevándose como majestuosos palmeros para sostener con sus arcos audaces las enormes paredes; cuando se vé la imponente escalera que se presenta como una montaña de mármol y parece destinada a que la transiten los dioses; cuando se vé el jardín recostado en la colina, con su cascada gigante, parecida a un real manto de terciopelo verde con franjas de armiño y bordados de plata, entónces se conoce que Caserta, aunque haya sido creado por un esfuerzo del arte en la region ménos hermosa ó quizá en la única desgraciada de las inmediaciones de Nápoles, no es un capricho de príncipe, sino una maravilla real inspirada por aquel espíritu de grandeza soberana que ha dejado sus huellas en todas las obras de Cárlos III, y no podia florecer mas que en una época que

dió a luz a Luis XIV y su genio. Las paredes de la doble escalera parecen revestidas de damasco de mármol; tan juntas así están las lápidas que forman como una tela continua, tan maravilloso es el gusto con que los colores están combinados: aquella escalera se considera como la obra maestra que existe en su género. Las ricas venas se entretajan haciendo ingeniosas figuras, para formar el tapiz mas grandioso y mas sólido que se haya dispuesto alguna vez por manos de artista para el ornamento de un palacio.

La escalera <sup>1</sup> de Caserta es verdaderamente digna de la majestad real. ¿Qué cosa mas magnífica que figurarse al soberano colocado en la parte mas alta y como resplandeciente con el brillo del mármol que le rodea y dejando llegar hasta él a los humanos? La multitud sube respetuosamente, el soberano envia miradas graciosas, pero que caen de arriba: él, el poderoso, el que manda, se adelanta hasta ellos con una sonrisa de augusta bondad. Que Carlos V, que María Teresa aparezcan en lo alto de esa escalera, y yo quisiera ver al que no inclinase la cabeza ante la majestad que ha recibido de Dios el poder. El fundador de Caserta ha indicado bien que todo poder viene del cielo, porque el vestibulo octógono conduce inmediatamente a la capilla, santuario de aquel inmenso edificio. Los tiempos varían y los hombres con ellos. Yo me imagino que en medio de esas montañas de mármol pulido y de esa sinfonía de colores formada con la piedra, los fracs negros deben hacer la misma figura que las efímeras sobre un manto de púrpura. Yo tambien, pobre efímera, sentí brotar en mí el orgullo, como lo habia experimentado ya en el palacio de los duxes de Venecia, y pensaba cuán agradable debe ser en ciertos momentos, demasiado solemnes para ser frecuentes, estar en la cumbre de una escalera semejante y poder dejar caer la mirada sobre los demás, sintiéndose uno el primero, como el sol en el firmamento.

El parque está en completa armonía con aquel carácter grandioso: los prados, las plantas y los árboles están marcados con la misma no-

<sup>1</sup> Los dos párrafos siguientes, relativos á la escalera de mármol del parque de Caserta, están tomados de los artículos sobre Maximiliano y sus obras póstumas, publicados por "Mr. Th. Dubois, en El Tiempo." Habiéndose citado muchas veces este pasaje en la forma elegante que tiene, creemos un deber reproducirlo aquí. [Nota del traductor francés.]

bleza que habla, por decirlo así, a través de la escalera. ¡Qué descenso majestuoso el de aquellas cascadas y el de aquellos canales! Aquellas fuentes y aquellas estatuas, aquellos paveses de árboles formados en calzadas paralelas; cómo se conoce que todo eso se hizo para zapatos con hebillas y trajes con tontillos. ¿No es verdad que aquello ha sido nivelado y arreglado para que la naturaleza no opusiese obstáculo al andar mesurado de una corte rodeada de aureola y de majestad? ¿Esas cascadas no murmuran a compás? ¿No se presentan esos árboles con etiqueta respetuosa, para dejarse pasar revista por su señor? ¿No se respira por todas partes un espíritu de grandeza, que ha sometido a la naturaleza misma a su poder, espíritu superior, sin duda ninguna, al de nuestros jardines modernos con sus revueltas, sus escondrijos y sus arroyitos, con su naturaleza mutilada y no subyugada, con sus senderos retorcidos y sus zarzales que son mucho mas hermosos en el verdadero campo? Creemos embellecer y mejorar la naturaleza, y disminuimos sus proporciones, y le quitamos su carácter: la convertimos en una pobre y mezquina muñeca, mientras que nuestros antecesores reunieron sus fuerzas, las utilizaron, y las fundieron con su talento en los jardines; supieron hacer de ella una gran señora, tal vez un poco tiesa y demasiado acicalada, pero señora de primera clase, imponente aún en su vejez, y que desde su altura domina el espíritu travieso de la joven criada. El parque de Schoenbrunn, es el imperial hermano del jardin real de Caserta, y yo hubiera querido ver a los dos en el tiempo de su mayor esplendor, en el tiempo del polvo de haba y de las pelucas. ¡Con cuánta grandeza las cortes de María Teresa y de los Borbones debieron caminar por esas calzadas!

Rada de Nápoles,  
16 de Agosto de 1851.

Dedicamos la mañana de hoy a las antigüedades de Baias y de Pouzzoles: para vergüenza mia, debo confesar que fué la única que me pareció fastidiosa en el curso de mi permanencia en Nápoles. Sin embargo, nadie soñaba en las antigüedades tanto como yo; pero el cuerpo, como el espíritu, debe estar dispuesto para la admiración, y el mio estaba cansado por nuestras furibundas ex-

curciones, y fatigado por el calor intolerable del sol; me sentía, pues, enfermo, y estaba en muy mala disposición para apreciar dignamente los monumentos de la grandeza y de la tiranía romanas, que además, me parecieron muy inferiores a mis hermosos recuerdos de Grecia.

Comenzamos nuestra excursión por el sepulcro de Virgilio, cuyo lugar está indicado por una larga inscripción latina a la entrada del Pausilippo. El sepulcro mismo se encuentra en una eminencia, a la cual se sube tropezando con las parras, para llegar a una casita insignificante, rodeada de unos bosquecillos de laurel.

Allí ha descansado por largo tiempo el autor de la *Eneida*: una inscripción francesa refiere insulsos comentarios sobre la gloria del grande hombre, y le hace el honor insigne de proclamarlo *Príncipe de los poetas*. Es costumbre llevar de aquí algunas hojas de laurel, ó hasta una rama si es posible, que dizque sirve de talisman poético en la vida. Lo que me pareció de una suprema impropiedad, es que se haya transformado este lugar en un cementerio, ó mas bien, en un lugar de entierro para los que no son católicos: lápidas con epitafios alemanes, franceses y judíos, son holladas por los extranjeros que hacen su peregrinación al sepulcro del gran pagano.

Siguiendo la costumbre general, corté el emblema de la victoria de la tumba del poeta, y volvimos a montar en coche para ir a visitar la gruta de Pausilippo.

Fragata imperial la "Novara,"  
18 de Agosto de 1851.

Todos nos pusimos nuestros vestidos de gala y nos dispusimos para oír la misa que debía celebrarse a las diez, por el aniversario del nacimiento de nuestro muy amado emperador. A la izquierda de la batería se formó con pabellones austriacos una tienda en que se elevaba un altar de gusto sencillo y severo, pero muy propio para las circunstancias. Oficiales y marineros estaban formados militarmente, y por todas partes reinaba una gravedad imponente y un religioso silencio. El capellán del buque, excelente y digno joven, nos dijo la misa con piadoso recogimiento, y despues

se cantó el *Te Deum*. Durante la ceremonia, la música se hizo oír repetidas veces, y en el *Te Deum* se cantó el himno siempre hermoso: «*Dios conserve a nuestro emperador*»....

Me sentí triste mientras duró la fiesta; era la primera vez que no pasaba este bello día al lado de mi hermano. Estaba solo, completamente solo, en una mar lejana, bajo un cielo extranjero, y pensaba con dolor en uno de mis mas queridos parientes de Viena, cuya salud me inspiraba las mas vivas inquietudes. Estaba sumergido en uno de esos estados del alma en que se experimenta un lánguido abatimiento, una dulce melancolía, una suave desesperación. Ansiaba ardientemente volver á ver mi hogar doméstico. Los míos me habian hecho la vida demasiado feliz en mi patria; pero es bueno que semejante existencia acabe, y momentos como estos, en su saludable amargura, son un precioso remedio. No dijo en vano Salomón aquellas sábias y profundas palabras: «¡Nada dura eternamente!»

La tarde, sin embargo, me trajo algunas horas agradables que me espantaron el mal del país. Había invitado á mi mesa al capellán y á los oficiales del buque. La música hizo oír hermosas melodías nacionales: todos estábamos de grande uniforme, y por modesta que fuese la pompa, el corazón estaba en ella, y todo pasó de una manera digna de la solemnidad.

Luca, 17 de Agosto de 1851.

Dedicamos la mañana a las inmediaciones de *Marlia*. Visitamos la villa *Bellardin*, cuyas construcciones y parque son del verdadero estilo italiano del siglo pasado. Todo lo que tiene una marca característica y nacional me agrada singularmente. ¡Qué gravedad y nobleza en esas grandes y melancólicas líneas de árboles siempre verdes! ¡Qué silencio imponente en esas calzadas sombrías! ¡Qué armonía entre esos prados regulares y esa arquitectura grandiosa! ¡Qué gracia majestuosa en esos surtidores de agua y en esas grutas misteriosas que ofrecen un abrigo impenetrable por los rayos del sol! Verdaderos *caprichos de gran señor*.

La aristocrática altivez, el estilo elevado y profundo de los hermosos tiempos antiguos, han marcado con su sello esas villas mag-

nificas, en que se vé hoy a los vástagos decaídos de aquellas nobles razas, andar tristemente errantes, como sombras inquietas que parecen temblar ante aquellos restos de un antiguo esplendor.

Sus tristes figuras perjudican generalmente a la perspectiva del cuadro; pero uno debe llamar en su auxilio a la imaginacion, esa amiga siempre bien dispuesta, y apartando los ojos de esas imágenes enervadas y débiles del material presente, contemplar el pasado al través del prisma de poesía. Debe uno ver con su pensamiento al Tasso paseándose en las frescas florestas de laureles; debe figurarse a la bella Leonor de Este entre los mirtos discretos, ver a su dulce compañera la condesa de Santivale, cortando azahares, y tener vanidad de que haya sido un alemán, el gran Goëthe, quien con su mano de poeta, ha dado vida a esas figuras del pasado, tan impregnadas con el encanto siempre j6ven de Italia.

## CAPÍTULO SEGUNDO

### FLORENCIA Y LAS BELLAS ARTES

Pisa, 23 de Agosto de 1851.

Nuestra primera salida por la ciudad, fué para ir á ver el *Campo Santo*. Es una de aquellas obras poéticamente hermosas, como solo podia crearlas la fe ardiente de la edad média. Alrededor de una ancha alfombra de verdura, se extiende un elegante pórtico de columnas ligeras y bóvedas atrevidas. Los muros macizos tienen por adornos, frescos de Giotto, monumentos fúnebres, y una especie de museo que absolutamente se halla bien colocado en semejante lugar: en medio del césped, hay una cruz de piedra, alrededor de la cual, las rosas enredaderas han enlazado sus festones.

Los frescos datan de la primera época del arte italiano, y ya se nota en ellos, en lo atrevido del dibujo, en el movimiento y la naturalidad de los grupos, la transición del estilo arcaico al estudio perfeccionado de las formas corporales. En cuanto a mí, prefiero con mucho este período primitivo, en que el arte comienza a desprenderse del formalismo simbólico, y camina hácia un porvenir mas hermoso, el siglo de Rafael, a aquellas escuelas de decadencia de los siglos últimos en que el genio de los tiempos clásicos palidece y muere, y en las que no se sacrifica ya sino al ídolo único de la belleza sensual. Estas escuelas son el triste antípoda del período infantil: aquí el arte despierta lleno de vigor y de sávia; aquellos son, en la historia del arte, un voluptuoso sopor. ¿Mas cómo nuestra época material y sin fe podria interpretar los subli-